



Moral y represión

Para algunos hay represión en el seno de la mayoría de las sociedades de Occidente: en la Iglesia, en la empresa, en la familia, en la misma idea de matrimonio y en todos los niveles de la escuela. Según esta opinión, eliminando la represión de la sociedad, el hombre tendría mayor desarrollo y felicidad.

Texto: Pablo Marini* / Ilustración: Gastón Lentini

La represión "positiva"

El uso del término represión, en sus raíces latinas, alude a *contener, rechazar, parar, calmar, frenar, moderar, sujetar, dominar*. También hay un uso reflexivo: contenerse, moderarse, calmarse, sujetarse a sí mismo. No hay en esto ningún sentido peyorativo. No está mal reprimir gérmenes de enfermedad, deseos de venganza o la tendencia a dominar a los demás hombres. Quien reprime su odio adopta un comportamiento positivo. En cambio, quien reprime sus responsabilidades sociales se comporta de modo negativo.

En el lenguaje político es ya una costumbre etiquetar como violencia todo acto coercitivo: se considera igualmente violenta la conducta del delincuente y la del policía que lo pone en condiciones de no perjudicar a otros, del que viola la ley y la del que la hace respetar. De ahí también la idea, hoy ampliamente difundida, de que la conducta que se enfrenta a la autoridad es automáticamente un ejercicio de la libertad y por el contrario, la coerción ejercida por la autoridad implica una represión de lo que hay de vivo y de bueno en el hombre. Un poco lo de aquellos viejos lemas anarquistas: "Toda autoridad es represiva", "toda norma es alienante", "todo poder es injusto y tiránico por esencia". Y esto sería cierto si no hubiera una ley natural que legitimara la intervención de la autoridad. Si no existiera una "naturaleza de las cosas" de la cual extraeríamos una conducta racional, el ejercicio de la autoridad sólo puede aparecer como arbitrario, basado como mucho en un poder despótico, pero no en un derecho efectivo.

Sabemos de la debilidad radical de las posturas anarquistas. Ninguna sociedad puede sobrevivir sin normas y, en consecuencia, sin autoridad. No se trata sólo de un postulado artificial; es, antes que nada, una comprobación histórica y actual. Incluso el grupo anárquico de *Los Demonios*, de Dostoievsky, tenía un jefe y un preciso plan de obediencia para llevar a cabo sus delitos. Por eso las leyes han sido previstas para garantizar el ejercicio de la libertad. El ideal no es una sociedad sin normas o sin autoridad, sino una sociedad con normas y autoridades racionales y humanas; que las leyes sirvan a la realización de la persona y la autoridad esté sostenida por actos de libertad interior y exterior.

La represión "negativa"

Todo lo dicho está muy claro. Pero, entonces, ¿por qué se habla de la "represión de la moral"? ¿por qué ese tufillo a "represivo" de cualquier cosa que huelva a autoridad? ¿Acaso hay algo de cierto en todo esto?

Enseñaba el profesor Komar que la moral tradicional o realista no es represiva, aunque esto suene un poco extraño a mucha gente que cree exactamente lo contrario. El gran desastre de la moral actual es el desastre de la moral kantiana y no de la ética realista cristiana. En ésta última, el esfuerzo moral,

sostenido por la ayuda de Dios se expresa de manera estable en la virtud, que es disposición permanente de obrar el bien, ordena y conduce el material pasional y no simplemente lo reprime. Los acentos de algunos en una mera moral de deberes y obligaciones no representan el auténtico sentido de la moral católica. El realismo moral siempre intenta mostrar el bien que, precisamente, está protegido por la norma. La moral kantiana, por el contrario, ha *volatilizado* ese bien, lo ha escamoteado y, por eso, por haber contaminado muchas versiones de lo que la gente entiende por ética, ha convencido a muchos de que la norma moral es una mera disposición arbitraria de quien detenta el poder para aplicarla. En definitiva, para una moral de este tipo "las cosas son buenas porque me las ordenan", y no, "me las ordenan porque son buenas".

Según Kant, no debe hacerse un acto porque sea bueno (y porque haya un bien implicado, eso para Kant sería una "impureza moral"), sino que es bueno porque debe hacerse. Cuántas veces hemos escuchado frases como ésta: "*No es nada*. Sólo he cumplido con mi deber". Este lenguaje común de algún servidor público u otra persona que ha realizado una acción meritoria desnuda el vaciamiento ontológico ("no es nada..."), la eliminación de la bondad metafísica implicada en la acción, producto de esta ética del deber por el deber mismo. Y encima, es una impostura: preguntémosle a un bombero si él se levantaría a las tres de la mañana si no estuviera profundamente convencido de que está haciendo *algo bueno*, es decir, salvando vidas [buenas] y bienes [buenos], no solo "cumpliendo con su deber".

La moral kantiana se parece a la de los estoicos del período antiguo, caracterizada por el llamado "dominio de sí mismo" ("enkráteia"). Pero Santo Tomás, comentando a Aristóteles, señala que el dominio de sí tiene algo en común con la virtud y con el vicio. Con la virtud, el hecho de que en el dominio de sí mismo es la voluntad racional quien domina y no las pasiones. Esto es positivo. Pero también el dominio de sí tiene algo en común con el vicio, porque las pasiones en cuanto tales permanecen en un "estado de vehemencia", lo cual indica que permanecen en estado de desorden. O sea que hay una represión tensa que no lleva a la perfección y esto es el fondo de la moral represiva. Como un dique, en el que la menor fisura provoca el desastre.

La virtud, en cambio, penetra en la masa pasional y la transforma ordenándola, liberándola del desorden. Hay mucho de cierto en eso de que de una pasión desordenada sólo nos "curamos" con otra pasión (ordenada): un amor ilícito, con un amor mayor lícito; un comportamiento negativo, con un comportamiento positivo que no niega, sino que asume el deseo subyacente al primero. Cualquier esfuerzo moral que se contente con enfrentarse frontalmente a una conducta negativa, sin darse cuenta de que detrás de ella existe algún anhelo o alguna necesidad real que se ha de reconocer, jamás logrará su objetivo. ■